

desde entonces cierto descuido y prodigalidad formó parte de las distinciones de una condición elevada. Y tanto como se acreditaban las altas especulaciones de la codicia, otro tanto habían caído en desprecio los pequeños cuidados de la economía doméstica; y los ejemplos de prodigalidad bajaban desde el trono á un pueblo esencialmente imitador (1).

Hubiera sido una cosa verdaderamente prodigiosa que la educación hubiese conservado su antigua sujeción y rigor. Las madres principiaron á introducir en las conversaciones á sus aun balbucientes niños, y el Suizo Muralt, que recorría entonces la Francia, quedó maravillado de ciertas frases de Montaigne, conspiraron contra la servidumbre de las escuelas, proponiéndose hacer de la ciencia un objeto de recreo; compadeciéndose á los antiguos por no haberles precedido en la invención de los juegos históricos, que redujeron con sus métodos todas las lenguas y ciencias á cuatro meses de estudio ó mas bien de diversion. La corte llamó á un monje del Franco Condado para enseñar al rey á escribir en seis lecciones. Los autores de estas quimeras, los Vallange, los Grimarest fueron bien pronto olvidados; pero otros aventureros se vistieron en seguida con los harapos heredados de aquellos. Sin embargo, preciso es conceder que el siglo XVII había disminuido ya mucho el antiguo rigor escolástico. Los Jesuitas al instruir al escolar tenían siempre la mira de formar un hombre de sociedad, y en cada colegio tenían un teatro en que los alumnos representaban dramas compuestos por sus maestros: esta costumbre que hacía temblar á los jansenistas, desarrolló en los Franceses, aun en los mas estudiosos, la fácil urbanidad y la gracia natural que les distingue entre todos los pueblos civilizados, y creó tambien la afición á los teatros de sociedad, á los cuales algunos deudores de Molière, de Lekain y de tantos otros artistas. Dado el impulso, y continuado por los Jesuitas, ya no cesó: Luis XIV hizo representar tragedias sagradas á los alumnos de Saint-Cyr, y el duque de Orleans oyó las obras maestras de Racine bajo las bóvedas del convento de Chelles (2). El 5 de agosto de 1716, los Jesuitas de Paris añadieron en su teatro á la acostumbrada tragedia bailable, en los cuales se mezclaron los bailarines de la ópera con los alumnos de la compañía. El caballero de Orleans, hijo bastardo del regente, se distinguió bastante en este ejercicio; pero mas célebre aun se hizo despues el abate de Saint-Albin, otro hijo bastardo de aquel príncipe, que le dedicó públicamente una tesis de teología. Este acto singular ocasionó otro; pues la madre del regente, virtuosa, y al mismo tiempo imperiosa princesa, quiso asistir á la tesis de su nieto, á pesar de que el reglamento prohibía á las mujeres asistir á los actos de la Sorbona. Estos hechos prueban que la larga autoridad de Luis XIV había acostumbrado á los Franceses al escándalo de los hijos ilegítimos. Con el cambio de

(1) La señorita de Valois gastó en su viaje en limosnas y propinas 20,786 francos. Cuando la señorita de Montpensier iba á partir para España, los maestros de ceremonias examinaron esta materia; y entre las circunstancias que contiene su relacion, he notado que en 1697 Luis XIV, cuando salió á recibir á la duquesa de Borgoña, regaló 30 doblas á un habitante de Montargis, donde las córtes de Francia y de España habían pasado dos dias y una noche, sin que aquella liberalidad pareciese indigna de tan gran monarca. Los maestros de ceremonias pidieron 10,000 francos para la de Montpensier; pero el económico Dubois se burló de sus argumentos y no quiso conceder mas que 3,920.

(2) La señorita de Broglie, que se casó despues con el marques de Bonnae, nuestro embajador en Constantinopla, había sido una de las actrices, y se lo recordaba inquisitivamente al regente en una de sus cartas: «Casi sobre las ruinas de Troya, vuestra Andrómaca de Chelles se atreve á despertar en vos un recuerdo suyo. No he encontrado Pirros, y ninguno trata de arrebatarme los Astinax que erio para vuestra alteza real.»

costumbres se introdujeron en el gobierno económico de la nacion innovaciones que afectaban sus intereses comerciales y sanitarios. La pasión del vino estaba tan generalmente extendida, que algunos parlamentos habían mandado arrancar las cepas plantadas despues del año de 1700 (1). Las tabernas eran el punto de reunion de todas las clases. En las casas de baños, así como en las perfumerías de la antigua Roma, tenían lugar las orgias mas refinadas. La afición á las bebidas espirituosas era comun á las mujeres, y las señoras de la clase mas elevada, principiando por las hijas de Luis XIV, se alababan de ello. En 1718 una princesa de Condé, viuda del duque Vendôme, se encerró en un gabinete lleno de frascos de licores, y murió á la edad de cuarenta años consumida por los excesos de una crápula solitaria. En 1715 la introducción del té en la Gran Bretaña hizo perder á las señoras inglesas esta costumbre, que podía disculpar el clima de su isla. El arbusto chino encontró menos favor en Francia; en vano el regente rebajó á veinte sueldos por libra los excesivos derechos impuestos por Luis XIV á esta planta exótica. Su infusión, que había gustado un poco en las provincias septentrionales, en las meridionales tan solo se empleó para las preparaciones farmacéuticas, y la Francia nunca consumió mas de una novena parte de la cantidad anualmente importada en Europa. Entretanto crecía entre nosotros otro enemigo mas formidable del vino y de las tabernas, los sitios públicos en que se bebía la decocción de las habas del Yemen. El primer café francés se abrió en Marsella en 1671; el año siguiente un Armenio estableció el segundo café en Paris en la feria de San German, siguiendo despues este ejemplo otros Levantinos. En estos primeros cafés se reunieron como en los de Levante jugadores de ajedrez, ociosos, noveleros, y ya se pudo prever el cambio que las nuevas costumbres harían en el espíritu nacional. En tiempo de la Regencia, Paris tenía ya trescientos de estos sitios públicos, ademas de los conventos y las tiendas en que se daba tambien café (2). Dicese que el regente hizo llevar á la Martinica dos plantas de café que habían sido traídas anteriormente de Holanda al Jardín botánico de Paris, y en el tránsito se privó de su porción de agua el caballero de Clieux para conservarlas. El hecho es cierto, pero ménos importante de lo que se cree; porque el cultivo del café se practicaba ya en nuestras posesiones. Imbert, agente de la compañía oriental, había conseguido de la amistad de un jaque árabe sesenta plantas del Yemen y las había trasportado desde el Golfo Pérsico á la isla de Borbon, donde algunas prosperaron de tal modo que en 1719 la compañía distribuyó á los colonos vainillas perfectamente maduras (3). Por esta doble prueba el arbusto de Moka se naturalizó tan bien en nuestras islas, que la Francia pudo presentar anualmente en el comercio de Europa setecientos mil quintales. El gobierno trató, pero sin fruto, de monopolizar la entrada y la venta del café, así como hizo con el tabaco. El capricho que

(1) Habiendo presentado al duque de Gèvres, gobernador de Paris, el programa de la fiesta que celebró la ciudad el 3 de agosto de 1721 por la convalencia del rey, para que le aprobase, el escribió de su propio puño al margen del artículo que hablaba de la cena en el Hotel de Ville: «Es preciso beber mucho. Firmado, el duque de Gèvres.» — *Archivos de la Ciudad.*

(2) En los cafés se vendía tambien á ocho sueldos la taza de decocción de cacao que nos trajeron los Españoles. El padre Lavat, que publicó sus viajes en tiempo de la Regencia, fué el apóstol del chocolate; y pensó hacer de él un alimento popular á sueldo de la taza, sosteniendo que bastaba para este consumo el cacao de la Martinica. Pero el resultado no correspondió á sus esfuerzos, y el chocolate en Francia quedó solo como un objeto de lujo. El café se vendió al principio en Paris á dos sueldos y medio la taza.

(3) Memoria manuscrita de Hardancourt, director de la compañía de las Indias.

adoptó esta hoja acre y picante triunfó de la medicina y de la superstición (1). Su uso hizo desaparecer el bigote que entonces se llevaba, llamado *Real*, y que Luis XIV y sus cortesanos habían conservado sobre el labio superior. Á juzgar por el producto de las rentas, que se triplicaron bajo la Regencia, parece que el tabaco, limitado al principio á los secuaces de la moda, llegó á ser verdaderamente popular en este tiempo. Su consumo y las ganancias del fisco fueron en aumento hasta mediados del siglo XVII, y desde entonces ya no se alteraron. El provecho que dejaba el monopolio se había aumentado desde medio millón á treinta millones: el consumo anual se calculaba en 1,760 y se calcula hoy tambien en diez y seis onzas por cabeza en Francia y trece en Italia.

Cuatro productos exóticos, de naturaleza ardiente y estimulante, se introdujeron (cosa nueva) casi contemporáneamente en el régimen de alimentos de un pueblo. A los fisiólogos corresponde examinar cuánto pudieron modificar estos alimentos la constitución humana. El hecho es que las epidemias catarrales, raras durante el reinado de Luis XIV, y rarísimas ántes de él, fueron muy frecuentes en el siglo XVIII, de modo que podría decirse que habían hecho un cambio entre ellas y las enfermedades cutáneas. Las estufas, la gimnasia, los vestidos de lana de los antiguos, la poca cultura y suciedad de la edad média, mantenían la piel en una continua irritación, que han hecho cesar nuestra muelle y excesiva delicadeza. Entonces los principios maléficó que salían á la superficie, retrocedieron á la membrana mucosa que rodea nuestras entrañas, y que en cierto modo es la piel interior del hombre. ¿Y no se podrá atribuir una parte de esta alteración á la acción estimulante producida por el té, por el cacao, por el tabaco, por el café en esta membrana en la cual se acumula tan gran número de catarros? Á los médicos toca decidirlo. Nosotros nos limitamos á consignar aquí la observación hecha por otros, de que las apoplejías sanguíneas fueron mas comunes en el reinado de Luis XIV que en el siglo siguiente, á causa del enorme peso de las pelucas que la moda hacía llevar entonces á los dos sexos: tampoco dejáremos de observar que una asiduidad mayor al trabajo y ménos uso de los vegetales podía facilitar estas congestiones cerebrales. Las afecciones nerviosas dominaban ántes de la Regencia. En 1717 el médico que comentaba las obras del doctor Chambon, afirmaba que *los vapores de las mujeres son una hidra para la mejor medicina*. El cultivo de las frutas y las legumbres delicadas era entonces muy limitado ó estaba reservado con grandes gastos á los castillos de los príncipes. La Regencia con las riquezas difundió el gusto y el arte de las comodidades de la vida: Paris perfeccionó sus jardines, mientras que en las provincias el cuidado de las flores divertía el eterno ocio de los señores. Mehemet Effendi, atravesando el reino en el rigor del invierno el año 1721, se quedó asombrado de ver las flores que le presentaban en todos los lugares que recorría, y no comprendía qué milagro alteraba en Francia la obra de las estaciones. La variación de los trajes siguió fielmente á la de la política. En los largos vestidos de los cortesanos de Luis XIV, en el lujo afeminado de los lazos, franjas, encajes con que se adornaban desde la cabeza á los piés, se reconoce la influencia italiana y castellana. Pero en tiempo de la Regencia que se coligó con los Estados del Norte, todas las partes del vestido se hicieron mas pequeñas siguiendo la moda septentrional (2). Tambien las pelu-

(1) El doctor Hequet, en su *Tratado de las dispensas de la Cuarentena*, dice que el tabaco rompe el ayuno, mientras que se dice que los casuistas españoles creen lo contrario respecto del chocolate.

(2) Una sentencia del tribunal de subsidios del 16 de diciembre de 1715 dice en el preámbulo que los jueces de las

cas introducidas por Luis XIII y su hijo perdieron mucho de su prodigioso volumen, y variaron de hechura segun las profesiones; los cabellos, por el contrario, se llevaban muy cortos al principio, y despues principiaron á dejarse crecer. Volvió el uso de los olores y de los polvos. Luis XIV, por una antipatía natural, había prohibido los perfumes en su corte. El duque de Orleans los tenía mucha afición, siempre andaba cubierto de ellos, y había aprendido de la química á hacer algunos muy delicados. Esta sensualidad oriental introducida por él quedó sin embargo circunscrita entre prudentes límites: se hubieran reido del cardenal Mazarino, como en las trincheras de Cambray se ocupaba en distribuir *guantes perfumados* (1) á los oficiales; y el Español Quevedo no hubiera dicho de los Franceses, como de sus compatriotas: *Tienen ejércitos mal dirigidos, pero bien perfumados*. Los polvos que quitan las arrugas y confunden las edades, habían sido inventados en tiempo de Enrique IV. Sus dos sucesores los despreciaron, pero sin hacerlos desaparecer del todo. Segun las Memorias de aquel tiempo, los lechuguinos de la Fronda y algunos eclesiásticos galantes continuaron usándolos; madama de Fontanges se valió de ellos para moderar el fuerte color de sus cabellos, y algunas mujeres los llevaban hasta con aquel vestido de amazonas cuya moda hermafrodita les había enseñado la reina Cristina. Estos caprichos pusieron resueltamente el intervalo de un siglo entre la antigua y la nueva corte. La Revolución se extendió por toda aquella parte de Europa que está expuesta al contagio de las modas francesas. El regente, aficionado por naturaleza á la magnificencia, había querido que se usaran ricos vestidos; los imitadores extranjeros los querían de duración, y no sin razon un escritor holandés preguntaba á sus conciudadanos si sus vestidos salían de una herrería ó del taller de un sastre (2). Federico Guillermo, rey de Prusia, para contener esta manía, hizo presentarse en una revista á los criados del verdugo vestidos exactamente á la moda espléndida de los nuevos cortesanos franceses (3); y el embajador de esta nacion, el conde de Rottembourg, fué testigo de esta insolente caricatura. La lección podía ser de un buen rey, pero la burla era ciertamente de un Vándalo.

No cambió ménos el traje de las mujeres. Su peinado, sostenido por una armadura de hierro, cayó de un golpe, y fué sustituido por cabellos cortos y rizados. Y la gracia de un adorno tan natural se disminuyó por nubes de polvos. Lady Montagu, que volviendo de Constantinopla atravesaba la Francia, tomó de aquí malignamente pretexto para comparar la cabeza de los Franceses á una piel de oveja. Á la muerte de Luis XIV su traje era de una forma muy rara, cargado de contrapesos de plomo, relleno y plegado por todos lados, les daba la apariencia de un busto contrahecho. Esta extravagancia fué sustituida por la moda de los guardaínfantes venida de Inglaterra en 1718; sin embargo, yo creo que estos eran de origen alemán. En el palacio real de Berlin se ve todavia un cuadro antiguo que representa la corte de Federico I, en que la reina y todas las damas están pintadas con grandes faldas, en actitud de encender las pipas de sus maridos con mechales de papel. Esta moda que daba á las mujeres tan incómoda dimension, se extendió tanto que las mas devotas no pudieron librarse de ella. Por transición se sujetaron á andar en

elecciones, de los tratados y de los almacenes de la sal iban á la audiencia con vestido gris, manto rojo, espada y baston en la mano. Esta manera de vestir era entonces comun á todos los ricos ciudadanos de las provincias.

(1) *Memorias de Joly.*

(2) *La bagatela*, periódico del género del *Espectador*, tomo 1º, número del 13 de agosto de 1718.

(3) Mayo, 1719.

círculos mas pequeños llamados *guardainfantes jansenistas*, servicio que hizo esta secta al buen sentido despues de la destruccion de Port-Royal. Las comisiones de comerciantes franceses fueron tan considerables, que se estableció á costa de Francia en la Frisia Oriental una nueva compañía para la pesca de la balleana. Entre los caprichos humanos debe hacerse notar que este incómodo adorno, cuya moda duró setenta años y que algunos desean aun como el tipo de la decencia y de la majestad, fué condenado en su principio por los moralistas en sus escritos y por los predicadores en sus sermones como protector del libertinaje y artificio inventado para ocultar sus consecuencias. No he podido descubrir cuándo cesó precisamente el uso de las mascarillas de terciopelo que se ponian las mujeres al salir de casa. Esta costumbre, procedente de Italia, podia ayudar al pudor, encubrir una galanteria ó conservar la finura del cutis. Continué su uso en tiempo de la Regencia (1), aunque la actividad y la franqueza que entonces adquirieron las mujeres, hicieron que las disgustase muy pronto la mascarilla. En provincias las señoras nobles no podian prescindir de ella cuando iban á caballo. La última que llevó habitualmente la máscara fué madama Poter, bella Holandesa, que hizo gran impresion en la corte de Francia á la conclusion del reinado de Luis XV: Hoy esta costumbre está solo admitida en las carreras de trineos en los países septentrionales. Con respecto á los vestidos de los niños, solo citaré un ejemplo auténtico: Luis XV tenia siete años cuando le quitaron los andadores, once años y cinco meses cuando le quitaron el jubon de balleanas; pero se libró de la voluminosa peluca, como hizo observar el mariscal de Villars al embajador otomano. La nueva vida de las mujeres produjo una invencion que puede considerarse casi como el emblema de toda la Regencia. Usando una palabra nueva, necesaria para expresar una cosa nueva, se llamó *negligé* el estado en que una mujer se atrevió á dejarse ver en aquella especie de desorden que tolera la libertad del tocador. El arte y la gracia usaron todos sus recursos para adornar esta indecencia, y aquí resultó una agradable confusion de refinamiento y de negligencia, de lujo y de sencillez. Las señoras de la mas elevada categoria fueron las primeras que usaron de esta libertad, ostentándola en público para probar mejor su independencia de las consideraciones vulgares (2). Esta emancipacion fué adoptada en breve por todas las personas educadas; y aunque aparentemente frívola tuvo grandes consecuencias. Mientras las modas consistian en cosas de gran valor, solo agitaban á los ricos, y sus cambios se efectuaban con bastante lentitud. Cuando Dubois fué á Londres á tratar de la cuádruple alianza, llevó, para distribuirlos entre las damas de la corte del rey Jorge, vestidos á la *Adriana*, con las vueltas de brocado de oro. Esta moda hacia catorce años que se llevaba, y provenia de la actriz que habia representado por primera vez la comedia de aquel nombre. Pero cuando el *negligé* fué un vestido de con-

(1) « Las señoras mas ilustres llevan detras de sí largas colas barriendo las iglesias y jardines. Tienen el privilegio de enmascararse en todo tiempo, de ocultarse ó dejarse ver á su capricho; algunas veces entran en la iglesia con máscaras de terciopelo negro, como si fuesen á un festin ó á la comedia. » *Biblioteca de cortesanos*.

Tambien en Londres iban al teatro enmascaradas, pero eran mujeres del mundo.

(2) La cabeza desnuda, el corsé abierto, zapatillas en los pies, y vestido de aquella tela finísima de la India, que sirve de papel en los manuscritos orientales, fueron las condiciones de un *negligé* de la Regencia. Un escritor contemporáneo calculaba en doce onzas el peso de todo el vestido de una mujer. Esto nos recuerda el capricho que posteriormente hizo usar á los Franceses los graciosos ropajes de la estatuaría griega. Si con su atrevida elegancia el traje de 1800 excitaba el deseo, puede decirse que el *negligé* de 1720 con su desorden demostraba haberlo satisfecho con exceso.

vencion, fué necesario fabricar y renovar continuamente telas ligeras y tejidos fantásticos. El vestido de las mujeres del pueblo se sujetó á la moda, con gran perjuicio de las costumbres, y el comercio frances no pudo seguir aquel rápido movimiento. Colbert habia dirigido los primeros pasos de las fábricas con sabios y minuciosos reglamentos, y las reglas del comercio siguieron por el camino que á un nuevo orden de cosas eran necesarias nuevas leyes, y que los lazos protectoras de las manufacturas en su infancia las sofocaban en su madurez. Solamente los países libres pudieron satisfacer todos los caprichos de un lujo nuevo y extraño, y hacerse con manufacturas tanto mas lucrativas cuanto que sus productos eran de muy poca duracion. La Suiza, la Holanda, la Inglaterra, gracias á los errores de Francia, adquirieron una prosperidad inaudita y una industria inagotable, siendo los Franceses absurdos tributarios de ella. No sin asombro se vieron pueblos flamáticos y países nebulosos exportar aquellas superfluidades cuya necesidad habia creado la frivolidad de las mujeres francesas durante la Regencia, y cuya especie debia variar continuamente, segun los impulsos; una imaginacion viva y un gusto delicado. Venecia, república conservadora y pedante, conoció demasiado tarde que debia romper en parte el yugo que la impedia participar de aquel móvil tráfico. En cuanto á Francia, se sabe que solo la violencia pudo librarla de sus ligaduras.

LEMONTEY, *Hist. de la Regence*.

(B) pág. 37.

LOS CORSOS.

«.... Siendo toda su vida desde niños un ejercicio de paciencia, de sobriedad, de prudencia y de agilidad, era un ejercicio de guerra. Aquella gamuza que ocupa un término medio entre el cabrito, la oveja y el ciervo, animal hermoso á la vista, ágil y de hermosa piel, que nace entre la nieve, salta de roca en roca y cae desde percipicios altísimos sin hacerse daño, me parece una imagen viva del Corso, á cuyo cuerpo da vigor el frio de las vientos alternado con el calor del clima, conteniendo y desarrollando alternativamente las fuerzas vitales, con tránsitos tan repentinos que en ciertos puntos el intervalo de una pared hace variar el termómetro diez ó mas grados, y que en mitad de diciembre el hombre puede decir que la primavera no está muy lejana. Muy pocos son deformes; su vida es larga porque es sobria; se curan sus enfermedades con simples conocidos por su uso tradicional. Seis castaños, seis cabras y el agua de la fuente vecina constituyen para ellos una riqueza suficiente. Se visten de toseco paño, tejido por sus mujeres, de pelo negro de cabra para economizar el tinte, toseco como el hábito de un capuchino. Jaussin se lamenta de que estén mal peinados y de que en la montaña no lleven peluca. Pero no todo se puede tener. Hospitalarios en su pobreza, ingeniosos en su sencillez, pacientes en el valor, con aquella resignacion que ennoblece el alma, cuando han dicho *paciencia*, sufren sin pronunciar una palabra cualquier tormento por duro que sea. Combatientes de dos mil años, acostumbrados á una libertad fatigosa, desde mucho tiempo escribian sus hechos lo que Paoli en el papel: *Con libertad todo se puede sufrir y á todo se puede hallar remedio*. No sin motivo imaginaron los Griegos que un legislador de Esparta habia civilizado la Córcega. No pudiendo hacer otra cosa refian á puñetazos, cualquiera diria que para adiestrarse, pero un Corso dice que para desfogarse. De aquí se deduce, pues, que el prohibir Génova á los Corsos el servicio militar, era no solo una ofensa á su orgullo, sino una violencia á su naturaleza. Para la guerra ejercitaban la vista, el pié, el

oído, el pulso, el alma; de modo que en cuatro meses de ejercicio componian un ejército regular, formado de mejores soldados que los Franceses en un año de penosa enseñanza. Usaban con igual alegría, sino con igual bravura, el fusil y el violín: en 1763 se vió á cincuenta jóvenes que acompañaban á su general por valles y por montes con carabinas y pistolas ó instrumentos músicos colgados del cuello. Marchaban serenos al peligro, ya que no le desafiaban temerariamente. No era su valor un *valor de temperamento*, segun la bella expresion de Paoli, es decir, un valor que embriaga y que no puede dominarse á sí mismo. Dóciles á su jefe, perseverantes en las pruebas, poco cuidadosos del botín, meditaban sus sorpresas: se entendian con el ronco sonido del cuerno, con hogueras encendidas en las alturas. En la guerra de los montes podian ser sus discípulos Federico y Eugenio. Armados de fusil, pistolas, cuchillo y puñal, llevando en la cintura pólvora y balas, porque la comodidad de un bagaje ligero es privilegio de los pobres, sabian ágiles por los derrumbaderos, por entre un diluvio de balas, y no disparaban sino cuando estaban á tiro. Bajaban como un torrente imprevisto á un valle, resguardan las espaldas con los árboles y las murallas; tiran sin ser vistos desde la espesura de un bosque, y los anuncian, casi ántes que la detonacion de sus fusiles, los gemidos del enemigo herido. Se acercaban amenazadores en el silencio, y despues gritaban furiosos; *Patria y Libertad!* Los Franceses llamaban traiciones á estas sorpresas; como si no fuese una costumbre de guerra muy antigua, y de paz tambien en Francia el tomar cada uno la ventaja; como si los Corsos hubieran debido presentarse en su casa inermes á sus huéspedes armados para dejarse degollar ó esclavizar. Quizá vencian solo porque hacian esta guerra que consistia en atacar por sorpresa, en huir á los montes, y volver despues sin una pérdida, en apoderarse de las municiones, en desjarretar las mulas, en hacer pasar hambres y fatigas al enemigo. Sorprendidos se defendian y se libraban en ocasiones; en otras rechazados volvian diez veces á la carga. Valerosos en la defensa de un puesto, salian como resucitando de las ruinas humeantes. Peleaban con hondas, con piedras, con colmenas de abejas, con perros enseñados á atacar.

Si esta os parece una guerra inhumana, considerad tambien que el incitar al hombre contra el hombre, incitarle, no por afecto de fidelidad, sino por un sueldo vil, contaminar un alma con un odio pagado, y servir de él para un uso mas que bestial, es una cosa mucho mas criminal á los ojos de Dios y de la razon. El amo puede contener con una señal la furia del perro; pero el capitán no puede cubrir con su voz el estruendo de la terrible pelea, apagar los incendios, refrenar la rapiña, contener las pasiones violentas, que dominan á los hombres viles en monstruosa union. En suma, mejor es ser perro que soldado. Considerad ademas que los pobres Corsos tenian pocas fuerzas, pocas municiones; que carecian de almacenas, de caballos, de espaldas, de fusiles de guerra; la mayor parte eran escopetas de caza sin bayonetas, y aun no los sabian manejar bien, lo mismo que los cañones. En cuanto á cañones, solo tenian los que habia llevado el rey Teodoro, los que habian sacado de la mar, y los que habian comprado á los Judíos en cambio de coral. No es esta la única vez que los adornos de la belleza se han cambiado por los instrumentos de la muerte. Como tenian muy pocas municiones, Paoli les aconsejaba que no tirasen sino á golpe seguro, al contrario de lo que hacia Napoleon, tan pródigo de bombas, de vidas de hombres y de *tedéum*; conformándose quizá en esto como en otras muchas cosas con el genio de los Franceses que no saben combatir sin artillería, ó mas bien obedeciendo al instinto que habia hecho del cañon el juguete de sus primeros años. El valor de los Corsos era impotente en las tierras fortificadas, por

falta de táctica: sin embargo, habian tomado muchas torres, y les era mucho mejor el destruirlas en el acto, porque mayor que la ventaja de haberlas tomado, era la incomodidad de guardarlas. Las mismas plazas se hubieran perdido, si la guerra se hubiese hecho con iguales medios por ambas partes. Si no hubiera sido por Francia, Paoli habria vencido; si no hubiera sido por Francia, Washington y Miauli hubieran sido vencidos. Lafayette y Rigny pagan por Choiseul, mediador desvergonzado, y por el verdugo Sionville.

En 1739 Córcega armó veinte mil hombres, contándose en este número todos los que podian combatir, desde los niños de diez años hasta los viejos de mas de setenta; en tiempo de Paoli treinta mil, y en el último esfuerzo cuarenta mil, pero dispersos. Los alumnos de la universidad estaban tambien armados. No pocos Corsos de Italia corrian al peligro como á un premio; así como en 1821 al primer rumor de guerra, cuya llamada fueron las campanas de la Anunciacion de Maria, los Griegos acudieron de todas partes de Europa á las agapas sangrientas. Acudieron los Griegos, pero no Hugo Foscolo, que con el nombre de Nicolas habia repudiado la nobleza de la ciudadanía griega, haciéndose hombre del Norte y caballero, enviando en su lugar á cantar y á morir á Jorge Byron. Entre los que combatian por Córcega habia Griegos y tambien Vascos, Suizos y Grisonos; algunos Italianos y algunos Ingleses fueron á verlos. Habian tomado á sueldo quinientos Prusianos, considerando á Prusia como una nacion de gran valor, y cuyo rey amaba á los Corsos; destinando trescientos de ellos á la guardia de las ciudades, y doscientos á las torres y á las nueve provincias. La guardia no estaba destinada propiamente á Paoli (antes bien se decia que él no la queria), sino al supremo consejo y á la municipalidad; porque él como ya hemos dicho estaba defendido por sus perros, que entendian el corso. Si los Prusianos hubiesen entendido el italiano cuando Antonio Gentili mandó que no dejaran pasar á los que huían al principio de la batalla, pero que no impidiesen la salvacion al fin, los Prusianos no hubiesen hecho uso de sus armas en Pontenuevo contra infelices patriotas, ni hubiesen causado en ellos tanto estrago. Si hubo error ó traicion, se ignora, se ignora el entender mal no causa ménos males que una traicion, y los Italianos lo saben muy bien.

La verdadera fuerza de la Córcega estaba en los Corsos. En 1768 cuantos podian llevar armas, desde la edad de diez y ocho á sesenta años, divididos en tres legiones, iban cada uno á su vez por quince dias adonde les llamaba la guerra, exceptuando las guardias del territorio, los enfermos, el pastor único del rebaño y los molineros. Se elegian los de la provincia que estaba amenazada, ó los que habitaban cerca de ella, para no incomodar tanto á los que vivian lejos y á los que debian darles alojamiento, y porque era justo que cada uno, pudiendo, se ayudase primero á sí mismo. De esta manera se esforzaban todos en conservar el honor de su territorio, y los antiguos odios se convertian en una emulacion provechosa á la patria. Con este fin trataba Paoli de que cada batallon se compusiese de personas que tuvieran relaciones de parentesco, práctica no desconocida de los Griegos antiguos y de los Germanos, siempre cuidadosos de hacer mas poderosos los afectos públicos con los privados. El Comun debia responder de los desertores (que tambien entonces habia algunos), y llenar el vacío que dejasen; así se evitaba la negligencia de las autoridades, y la compasion desleal y culpable. Paoli, sin embargo, no ponia su atencion principalmente en el número, sino en la calidad de la gente armada; ántes bien se alegraba de librarse de hombres de poca confianza. Estos batallones, segun el distrito á que pertenecian, eran mas ó ménos firmes en el combate. Tales como son, *cada hombre*, decia Paoli, *es un regimiento*; palabras que elogian y censuran, que pin-